



EL INSTITUTO PEDAGOGICO SU ACCION EDUCADORA I SOCIAL

(Discurso pronunciado por el señor Enrique Molina en la velada con que el Liceo de Talca celebró el XXV aniversario de su fundacion).

Con el acontecimiento que conmemoramos hoy, nos acercamos a aquella época grande que siguió a la guerra del Pacífico. Una vez envainada la espada triunfadora corrió por nuestra tierra un aliento poderoso de confianza. Los laureles de los vencedores fueron tantos que perfumaron el ambiente de la patria i llevaron alegría i fuerza a las almas; fueron tantos que despertaron sentimientos de gratitud i admiración para los que se sacrificaron en los desiertos, en las pampas, en las sierras.

Nuestro pueblo heroico, en que se han fundido las energías de Rodrigos i Pelayos con las de Caupolicanes i Lautaros, abría a la patria perspectivas inesperadas de riqueza i desarrollo. Los memorables gobiernos de Santa María i Balmaceda se consagraban en seguida a poner las bases de nuestra sociedad civil i culta i a convertir en obras de progreso los tesoros de la guerra. Para el pueblo de corazón fuerte i

músculo incansable, ferrocarriles i escuelas iban a llevarle por doquiera comodidades e instruccion.

Como uno de los últimos frutos de esta éra de grandeza aparece el Instituto Pedagójico, afortunada fundacion en que colaboran la ilustrada iniciativa de don Pedro Montt i don Valentin Letelier, los desvelos de los Ministros don Federico Puga Borne i don Julio Bañados Espinosa i el claro beneplácito, el anhelo de progreso, del cada dia mas recordado Presidente Balmaceda.

Que nuestros sentimientos sean para aquellos reyes magos de nuestra cultura, que ya no existen, coronas de homenaje rendido a su sagrada memoria i, para los que aun viven, esencia de reconocimiento que les pruebe que si la gratitud de los hombres suele ser surtidor invisible por mucho tiempo no se seca jamas para los actos buenos.

La fundacion del Instituto Pedagójico marca el suceso mas importante de la historia de nuestra educacion nacional despues de la creacion de la Universidad de Chile.

Abrió sus puertas hace veinticinco años, en una vieja casa de la Alameda de las Delicias. Era una habitacion de aspecto colonial, de balcon corrido, situada entre la antigua calle de Duarte i la de San Ignacio.

Aquí llegaron los primeros profesores alemanes que venian de la tierra clásica de la pedagogía a completar nuestros conocimientos de todo órden i a iniciarnos en la ciencia de educar. De aquellos iniciadores quedan aun algunos constantes que han preferido dejar blanquear sus cabellos al cuidado, al calor i bajo la veneracion de las jóvenes jeneraciones chilenas. Son ellos los doctores Hansen, Lenz i Yohow que figuran justamente entre los mas ilustrés maestros con que ha contado nuestra patria. Otros, como los doctores Steffens i Tafelmacher, llevados por un viento de nostalgia que no suavizó el tiempo, han vuelto a la tierra natal, dejando entre sus discípulos el austero recuerdo de su laboriosidad i de sus virtudes.

No eran estos profesores los heraldos de una ciencia es-

clusivamente alemana. Sus doctrinas parecían el aliento de un soplo humano que pasara por los tubos de un órgano germánico. Las eruditas enseñanzas de Steffens nos pusieron en el sendero de encontrar los resortes de la evolución social. Schneider, catedrático de pedagogía, psicólogo e investigador de fama europea, que nos hacía reír a veces con sus modos turbulentos i sus injenuidades, nos enseñó a conocer no solo a sabios alemanes como Herbart i Kant sino también a filósofos franceses e ingleses como Ribot i Spencer. I recuerdo igualmente las amplias i hermosas lecciones de Hansen sobre las leyendas hindúes i los mitos griegos, sobre el Renacimiento i la época moderna; recuerdo la serenidad olímpica, la mirada fina i tranquila con que nos conducía por el mundo espiritual desde Calidasa i Homero hasta Goethe i Zola.

Algunos de estos profesores han enriquecido después nuestra literatura científica con obras de verdadero mérito. Entre ellas debemos mencionar la *Gramática Histórica* del señor Hansen, el *Diccionario Etimológico* del señor Lenz, los estudios sobre la isla de Juan Fernández del señor Yonow i las memorias sobre la Patagonia del señor Steffens.

Formábamos el primer curso un conjunto heterojéneo i abigarrado de jóvenes de diversas edades i llegados de los mas distantes puntos de la República. Algunos éramos todavía estudiantes en Santiago; otros habian mirado ya las asperezas de la vida frente a frente i venian a darse un baño que refrescara sus almas en una segunda era estudiantil. Casi la totalidad, alrededor de treinta, vivíamos como internos en un internado mui orijinal: se nos daba casa, comida, libertad de salir durante todo el dia i veinte pesos mensuales para el bolsillo. A pesar de estas facilidades sentimos la acción de una disciplina, de un orden, a que no estábamos acostumbrados i se nos entraron por todo nuestro ser un amor al estudio i hábitos de trabajo que no habíamos conocido antes.

Esta disciplina, este orden que, como decia con énfasis el

profesor Schneider, eran una manifestacion de la enerjía jermánica, constituian una enseñanza práctica de la moral. La moral se enseña con hechos i con ejemplos i no con palabras se nos decia. Las doctrinas i las máximas deben ser solo el corolario de lo que un ambiente de regularidad i de buenos hábitos sujiere indirectamente. Tanto en el hogar como en el colejio, se nos agregaba, los discursos i las declamaciones morales son un ruido que pasa sin dejar huellas en el alma cuando no son corroborados por la accion buena que se repite, por la virtud constante que, sin saberlo, derrama su luz como un astro puntual i jeneroso.

La creacion del Instituto señala un progreso de nuestra organizacion docente i de la division del trabajo social. El acertado cultivo de las almas tiernas de la niñez i de la juventud, que es lo que mas interesa a la humanidad, habia estado hasta entónces casi siempre en manos de aficionados. Es verdad que algunos de nuestros mas eminentes hombres de letras habian dedicado con amor un tiempo no despreciable a la enseñanza, como Bello, Mora, Lastarria, i sobre todo, don Miguel Luis Amunátegui i don Diego Barros Arana; pero maestros de este fuste eran naturalmente la escepcion. Tambien habia profesores distinguidos por su caballeridad e ilustracion entre la masa modesta de institutores que no han dejado su nombre grabado en nuestra historia como los anteriores. Fuera de ellos, los demas no pasaban de aficionados. Se entendia en aquella época que un médico era el indicado para hacer clases de ciencias naturales, fisica i química, i que los abogados, que han sido siempre los leoncitos de nuestro mundo, hacian honor con su persona ocupando las cátedras de historia, de literatura, de filosofía, de gramática. En cuanto a idiomas, ¡oh tiempos! habia que ir a pedirle a algun buen extranjero que abandonase el mostrador de su almacen por una o dos horas para que fuese a enseñar su lengua materna, a veces en medio de desórdenes increíbles, a niños que gozaban de una pavorosa fama de perversos i que efectivamente llegaban a serlo.

Por supuesto que estos profesores dedicaban a las clases solo el sobrante de su actividad; la enseñanza era para ellos una ocupacion lateral, al márjen de la principal. La educacion pública formaba un erial que se regaba con los derrames de los campos vecinos que disponian de medios propios de cultivo.

La fundacion del Instituto ha ido cambiando poco a poco este estado de cosas. El da a los jóvenes que acuden a sus aulas una doble preparacion. Por un lado les suministra la preparacion científica que necesitan en los ramos que van a enseñar i por otro, merced al estudio de la pedagogía i de la psicología, los adiestra en los métodos didácticos i en el conocimiento del alma de los niños que van a dirigir. Así lenta, penosamente se ha ido formando la carrera del profesorado, con mas entusiasmo en muchos de los que la abrazan que ambiente favorable en la sociedad misma. Esos entusiastas son espíritus zahoríes que presintiendo las necesidades i rumbos del porvenir, van labrándole a la educacion nacional canal propio, por donde con naves i banderas nacionales, habremos de ir a la realizacion de nuestros destinos.

Ya es un hecho inconcuso que el profesor no puede ser un simple empírico que por casualidad, ocasion o conveniencia se convierta en maestro; ya es un principio evidente que la educacion de los niños es una tarea delicadísima que requiere ciencia, arte, amor i tino, i que no hai para llevarla a buen término panaceas i fórmulas de valor jeneral.

Estas ideas que imperan en los colejos han servido tambien para arrojar luz sobre los hogares, donde la mayor parte de los padres i de las madres no son mas que aficionados en materia de educacion. Triste es decirlo i pueden ser estas verdades desagradables para algunos; pero quizas es útil para muchos mas pensar a tiempo en las responsabilidades que impone la formacion de una familia. Es mayor el número de niños que se pierden por debilidades, faltas de carácter i atencion de los padres, que por ineficacia de cualquier sistema escolar. Los padres siguen jeneralmente con sus hijos el

régimen que emplearon con ellos; pero como ellos mismos con el trascurso del tiempo son de una índole distinta a la de sus antepasados i las condiciones de la vida social se han modificado considerablemente resulta inadecuado ese régimen.

La sencillez de hace cuarenta o treinta años ha desaparecido. La existencia es ahora mas complicada que entónces; la realzan mas atracciones i necesidades, la amenazan mas peligros i se ha intensificado la lucha social. La juventud suele hallarse atormentada por inquietudes i seducciones que la precipitan del placer a la duda i de la duda al placer. Todas estas circunstancias reclaman mas disciplina, mas energía, mas cuidado constante de nosotros mismos i de los ajitados brotes humanos que dependen de nosotros, tanto para que individualmente formemos personalidades vigorosas cuanto para que colectivamente constituyamos una nacion capaz de librar con gloria i provecho las batallas del trabajo.

La difusion de estas ideas educativas es en parte la obra del Instituto Pedagógico. Como toda obra de acertada educacion ella significa un mejor aprovechamiento de las fuerzas espirituales de la sociedad.

En el mismo sentido ha ejercido una accion benéfica el Instituto abriendo nuevos horizontes a la actividad de la mujer. Entre nosotros, como en muchas otras sociedades por lo demas, la mujer que no ha contraido matrimonio, ha sido comunmente un parásito, una enerjía social perdida. La han condenado a la ociosidad, i tal vez al tedio, las insensatas preocupaciones sociales de que pueda haber seres privilegiados que no han menester trabajar para vivir i de que el trabajo pueda envolver afrenta para alguien.

El Instituto ha quebrantado en parte estos prejuicios. Ha abierto sus puertas a las niñas; ha adiestrado sus almas para consagrarse a las jenerosas tareas del profesorado i ha señalado un fin a sus vidas que, por lo que tiene de maternal,

responde admirablemente a la naturaleza delicada de la mujer.

El Instituto ha llevado a cabo tambien una influencia refleja de perfeccionamiento sobre muchos profesores que no han pisado sus clases. Conozco de cerca algunos que por su ánsia de saber, su abnegacion, su carácter i su tino pedagógico nada tienen que envidiar a los mejores profesores titulados.

La fama del Instituto ha llevado el nombre de Chile en ondas de paz i de progreso hasta los confines de la América Latina. Desde las costas antillanas, desde los valles del Paraguai i de las mesetas de Bolivia han descendido jóvenes que han venido a buscar luz para guiar a sus pueblos en las irradiaciones de la estrella solitaria del sur.

La accion del Instituto ha sido de esta suerte continental al mismo tiempo que ha ido afirmando sus rumbos nacionales. Muchos de sus catedráticos son ya profesores chilenos formados en sus aulas; i a su primer director, el señor Yohow, lo sucedió pronto don Domingo Amunátegui Solar que, con mano discreta i segura, ha sabido encaminar los pasos del establecimiento i salvarlo de los peligros que nunca dejan de amenazar a toda obra nueva i de progreso.

El Instituto es el hogar donde se forman los apóstoles encargados de difundir en la patria i fuera de ella los ideales nacionales i humanos, que prestan alas al espíritu i que impiden que el cerebro i el corazon sean simples órganos encadenados por lei ancestral irresistible a las solas tiranías de la carne i de la materia.

Van esos apóstoles a conducir niños i se les llama por esto *pedagogos*; pero para guiarlos bien han menester ser *psicagogos* o conductores de almas.

¿Por qué decimos que deben ser conductores de almas? Porque el profesor ha de guiar al niño en vista de lo que ha de ser el hombre i ha de marchar rodeado de una aureola de prestigio moral indiscutible. Puede no descuidar el profesor el afianzamiento de su situacion económica i es un deber

suyo luchar por alcanzarlo; pero no debe ser profesor quien ve ante todo en su carrera una manera de ganarse la vida. No concibo que el educador pueda imaginarse la sociedad como un simple campo donde se desgarran las pasiones i los intereses individuales. Se me presenta, al contrario, elevándose sobre ese tráfago desconcertante i proyectando para el futuro las visiones seductoras en que él cree, en que cree a pesar del lote humano de desengaños, amarguras i calumnias que suelen acompañarlo; se me presenta como un sacerdote de idealismo que anuncia el tiempo en que una patria mejor saldrá de sus esfuerzos, en que los hombres serán mas justos, cuerdos i solidarios.

Seria posible que alguien pensara talvez que mis palabras brotan impregnadas de un optimismo i de un idealismo exagerados, como hechas especialmente para levantar espíritus; i que hasta notara en ellas la falta de ese escepticismo que, al decir, comunica un perfume de superioridad i elegancia a las ideas.

¡Ah no! Mis palabras no son de ocasion. Arrancan de una conviccion profunda sobre cual debe ser el verdadero concepto de la vida social.

Es verdad que el ahinco intelectual i el exceso de análisis pueden conducir a la angustia de la incertidumbre; pero la actitud escéptica que no va acompañada del aliento de la accion en algun sentido no es signo de distincion sino síntoma de que la enerjía comienza a fallecer. Constituye solo la superioridad mohosa de las almas gastadas por la existencia o la excelsitud triste de los que abdican su personalidad por hacer eco i repetir a jenios marchitos o atormentados. I entre tanto estoi cierto de que esos jenios talvez considerarian como el bien supremo lo que esos jóvenes sacrifican por seguirlos; la majestad de una juventud que en plena naturaleza marchara como un sol llevando por satélites a la fuerza, a la serenidad i al amor.

La labor de la intelijencia no conduce de una manera necesaria a un escepticismo indolente.

El escepticismo sonriente de Renan fué intensamente activo i tambien lo es en nuestros dias en una forma admirable el escepticismo amable i maligno de Anatole France. Al hombre le es dado detenerse así en medio de la tormenta espiritual que pueda sacudirlo i considerar el valor maravilloso que envuelve en sí mismo el hecho de vivir. I luego, aun no concibiendo lo que ha habido ántes de él ni imaginando todo lo que ha de venir despues, cabe que afirme su vida como una realidad intensa i suprema, como una entidad activa i creadora, como una proyeccion de virtud i de belleza.

La educacion se inspira en esas ideas, las desarrolla i aplica sistemáticamente en su obra. No consiste ella solo en labores de la escuela i para la escuela. La educacion es armonía del sentido mas hondo de la vida práctica i de los conceptos que el pensamiento especulativo llega a formar sobre la existencia. Donde quiera que se la contemple la vida se nos presenta siempre como una enerjía o un conjunto de enerjías que evolucionan. Desde la yerba i aun desde la materia inorgánica hasta el hombre la naturaleza nos exhibe un proceso evolutivo; i tanto aquí como en la actividad consciente, desde el trabajo del obrero hasta la produccion del jenio, el tiempo nos ofrece una continúa creacion. Los esfuerzos del educador tienden a encuadrar al niño en este proceso de trabajo i de solidaridad universal que hace que su corazon palpите intensamente por su familia i por su patria i llegue a sentir tambien los dolores i los anhelos de la humanidad. Aspira el educador a hacer del niño una personalidad activa i útil, capaz de iniciativas fecundas, de hechos jenerosos i de ideas nuevas; una personalidad animada por la voluntad alegre de hacer las cosas que el destino social le depare, no solo en cumplimiento de un deber, sino con amor de artista, con satisfaccion de creador, con la conviccion de que su obra, por mas que sea modesta, envuelve, si su conciencia la acepta, un valor incomparable i es tan sagrada como la de un Dios.

Insisto en estas ideas porque ellas revisten, a mi entender en las horas que pasamos, un interés especial. Cualesquiera que sean las dificultades del momento presente ellas no pueden aconsejarnos nada que tienda a disminuir nuestra acción educadora. La educación es sagrada porque significa la patria, la riqueza i el bienestar de mañana. Precisamente porque es dura la prueba a que las circunstancias actuales nos someten nuestros sentimientos no deben ser de desmayo i desaliento. El ideal productor i creador de la educación i de la vida debe guiarnos. Todo nos invita a crear i producir para nuestra mayor conveniencia i felicidad: la tierra de nuestros valles, las aguas de nuestros mares i rios, el granito de nuestras montañas i tantos que esperan un rayo de luz i de amor para que se rediman sus almas.

El dolor parece a veces la sombra inseparable de los hombres i es también un cruel maestro cuando no hemos sabido adelantarnos a sus lecciones. Los horrores de la guerra nos arrancan gritos de pesar i clamamos porque las naciones sepan al fin sustraer de la sociedad estos restos de barbarie. A nuestros sentimientos de humanidad se unen los de nuestro malestar enjendrado en parte por la vida ficticia i la imprevisión. Pero nuestras quejas no deben ser lamentos estériles. A las adversidades hai que presentarles el jesto sereno i heroico con que Sócrates recibió la muerte, el jesto rebelde, luchador e indomable con que Prometeo desafió la venganza de los dioses.

No olvidemos que la lei suprema del hombre, por su naturaleza, es el trabajo; no lo olvidemos en estos instantes en que la crisis económica puede hacer creer en la omnipotencia del dinero. No digamos que son atropellados nuestros derechos; salgamos a defenderlos. No escusemos nuestra indolencia diciendo que el roto es sanguinario i mal agradecido. Preguntemonos qué hemos hecho por educarlo i redimamos cuanto ántes esas inteligencias que se pierden para nuestra democracia. No digamos que imperan los privilegios; despertemos los espíritus para que en nobles contiendas cívicas triunfen la

libertad, la justicia, el mérito. No temamos a hurtadillas que las oscuras mallas de la intolerancia ahoguen el pensamiento; que cada personalidad afirme con actos, respetando la libertad ajena, la independencia de su alma soberana, i la amplitud i franco movimiento de las ideas serán un hecho. No digamos que es inútil luchar porque esta es la voz de la fatiga que asoma a nuestros labios, i ofrezcámonos mutuamente el espectáculo mas hermoso que nos es dado contemplar: la belleza del sér humano realizado por el amor i el trabajo.

Ah! los hombres son egoistas, dice una lengua desconfiada; fuera del goce, del interes, de su felicidad, no hai nada que pueda moverlos. Pero, ¿no es acaso una felicidad señalar fines a la vida dentro de sentimientos nobles e ideas elevadas? Qué triste es la existencia que, como un juguete del destino no hace mas que saltar de los páramos del tedio a los abismos del placer. La elevacion de la vida suele ser solo cuestion de comenzar: la actividad fecunda i jenerosa lleva en sí misma su galardón, en la conciencia del bien que se hace, en el sentimiento del propio valor.

I aunque así no fuera, aunque el hombre estuviera, cuando se le mira separadamente, condenado a sufrir siempre el vaho dominante de los sentidos i del deseo, no seria este el caso actual. Mis palabras anteriores no habrian dejado de corresponder a un aspecto de la naturaleza humana. Los espíritus congregados para celebrar un hecho grande forman un ser nuevo, superior, que se eleva sobre las pequeñas inquietudes de cada uno. En estos casos se olvidan los pesares, se abren recintos que, como santuarios olvidados, cada cual tiene en su alma, huerto escondido donde han podido anidar las aves divinas de las virtudes que vuelan hacia la verdad i la justicia; vibran en estos casos cuerdas que por no pulsarlas nunca parecen relajadas. Al abrirse así el espíritu a sensaciones mas altas soplan en el huerto del alma, aunque sea por un momento, alientos inesperados. Se levanta el jenio de la raza, i con la tenacidad de una enerjía nueva nos obliga a

no dudar del porvenir; toma así figura hermosa la a veces difusa imájen de la patria; producen dulces languideces los sentimientos intensos; palpitan en vivas llamaradas los grandes ideales, i las cuerdas del alma de nuevo retempladas modulan voces que dan fuerzas i son gratas.